

FRACTAL

José Antonio Cotrina

Finalista Certamen Literario Alberto Magno de Ciencia Ficción 2015

©*Fractal*, José Antonio Cotrina.

©esta edición de 2020, Gabriella Campbell y José Antonio Cotrina.

©de la cubierta, Libertad Delgado.

Todo lo que aquí contiene el texto pertenece a su autor. Si quieres copiarlo, plagiarlo, subirlo a una página de enlaces: piensa que esto tiene derechos de autor, que alguien ha invertido horas de esfuerzo y dedicación. Si te gusta, compra o recomienda. La cultura es libre, pero los escritores tenemos hambre.

15/08/2015

02:59 a.m.

Londres

... una oración a un dios que agoniza, como si los cimientos del mundo estuvieran a un segundo, a un solo segundo, de desmoronarse. Y lo peor era que la situación no tenía visos de mejorar, al contrario. Cada vez que restallaba uno de esos truenos tremendos, el profesor Lore sentía que sus huesos brincaban mal pegados entre sí y pensaba, como tantos otros, que estaba viviendo el fin de los tiempos.

Solo esperaba que no doliera demasiado.

—Muchísimas gracias por atender a nuestro requerimiento, profesor —dijo el hombre que encabezaba el grupo que lo había recibido en el vestíbulo de Thames House, la sede del MI5. Se había presentado como Edmund Stewart y su apretón de manos había sido tan enérgico como urgente.

Andrew Lore, director del Departamento Asiático del Museo Británico, se frotó las manos mientras intentaba tranquilizarse. Eran las tres de la madrugada. Costaba concebir que solo media hora antes había estado en su cama en Covent Garden, consolando a Darla, su mujer, quien llevaba las últimas horas al borde de un ataque de nervios. Dos agentes del MI5 se habían presentado ante su puerta y solicitado su presencia en Thames House. Él había estado a punto de negarse, lo angustiaba la idea de dejar a su mujer sola en aquellos momentos, pero Darla había insistido en que fuera. «Estaré aquí cuando vuelvas», le había asegurado con esa sonrisa tan suya de «lo tengo todo bajo control, créeme, aunque te mienta». A continuación, los agentes lo habían introducido en un deslizador Volkswagen y conducido, veloz, a Millbank. Andrew Lore había hecho lo posible para no mirar al cielo durante el trayecto.

—Lamentamos mucho haber tenido que sacarlo de la cama a estas horas —dijo el agente Stewart—, pero las circunstancias nos han obligado a ello.

—Ni lo mencione. Además no iba a poder dormir con estos malditos truenos, lo vuelven a uno loco. —Hablaba rápido, con prisa para terminar las formalidades. Quería regresar con Darla cuanto antes—. Aunque, para serle sincero, no sé cómo puedo ayudarles en... la crisis actual. Está fuera de mi terreno por completo. Soy historiador y lingüista, le supongo al tanto.

—Supone bien —dijo Stewart. Estaba mal afeitado y el cansancio se evidenciaba en cada uno de sus rasgos. Si los últimos días estaban siendo una pesadilla para todo el planeta, no quería ni imaginarse lo que estarían representando para los cuerpos de seguridad e inteligencia de los distintos países—. Acompañeme, por favor, intentaré explicárselo por el camino —dijo mientras señalaba hacia el pasillo que nacía al otro lado del recibidor.

Justo en ese instante resonó un nuevo estallido en las alturas. Llamarlo trueno era faltar a la verdad: aquel sonido era más un cruce entre un latigazo y un alarido, un sonido estremecedor al que era imposible acostumbrarse. Fue como si durante unos segundos la realidad entera gritara. El profesor miró casi por instinto su reloj de pulsera, un Junhangs de lujo. Eran las tres y cinco; si la secuencia continuaba como hasta ahora, el siguiente trueno llegaría a las tres y veintidós.

Los medios más moderados habían bautizado aquel fenómeno como tormenta fractal; los exaltados, en cambio, no se andaban con remilgos y lo llamaban «la tormenta del Juicio Final». Había comenzado en Brisbane, Australia, a las siete de la tarde del 1 de agosto. El cielo se había visto de pronto envuelto en una malla de energía violácea, un sinfín de relámpagos entrelazados que había cubierto por entero la ciudad. En un primer momento se había tomado aquello como una extravagancia climatológica, una rara tormenta eléctrica. Hasta que comenzó a extenderse.

Tan solo doce horas después de su aparición, la maraña de energía azulada había cubierto media Australia, Papúa Nueva Guinea y Nueva Zelanda. En solo un día, la red había alcanzado China y la bahía de Bengala en el Índico, y se adentraba ya en el Pacífico, sin aspecto de detenerse. En una semana, medio planeta estaba cubierto por aquella malla extraña que parecía confeccionada a base de unir fractales.

La comunidad científica no tardó en hacer un llamamiento a la calma, aseguraban que no se trataba más que de una aurora excéntrica, una aurora de tamaño planetario causada por una actividad solar inusitada. Al duodécimo día, toda la Tierra estaba encerrada en una malla de energía vibrante. Era una prisión de belleza singular, como estar atrapado en el interior de un calidoscopio descomunal o un gran copo de nieve. El decimotercer día se escuchó el primer trueno. Durante las siguientes veinticuatro horas se produjo un nuevo estallido cada treinta y un minutos, con puntualidad germana. El día anterior, el decimocuarto de tormenta fractal, el intervalo entre truenos descendió de pronto a los diecisiete minutos. Y comenzaron los avistamientos.

Al profesor Lore le costaba mantener el paso de los agentes. Sus piernas eran cortas y enclenques, y no estaban acostumbradas a ajeteo semejante. Andrew Lore tenía cincuenta y siete años y durante toda su vida había sido, y con orgullo, un ratón de biblioteca. Darla insistía en que debía hacer más ejercicio, pero él siempre encontraba excusas para dejarlo para el día siguiente. «Además, ¿no hacemos ya bastante ejercicio en la cama, querida?», solía decir él y ella reía, un poco sonrojada, un poco niña. Era algo que adoraba de Darla. Podía tener cincuenta y seis años, pero en algunos aspectos seguía siendo la chiquilla de la que se había enamorado en el colegio.

—¿Está familiarizado con la mecánica cuántica, profesor? —quiso saber Stewart.

—Uh... No en exceso —contestó él—. Tengo nociones vagas, las mismas que puede tener cualquier ciudadano de a pie, si me entiende usted.

—Pero lo supongo al tanto de la paradoja del conejo de Schrödinger —dijo al tiempo que enfilaban hacia la zona de ascensores.

—El conejo en la caja que está vivo y muerto a la vez, sí, lo conozco —admitió el profesor.

Era un famoso experimento imaginario ideado por el físico austrohúngaro Erwin Schrödinger para ilustrar las paradojas de la mecánica cuántica cuando la aplicabas a la realidad más cercana. La premisa era sencilla: se encerraba un conejo en una caja junto a un dispositivo con un cincuenta por ciento de posibilidades de disparar un gas letal. Según la mecánica cuántica, el animalito estaría vivo y muerto al mismo tiempo hasta el momento en que la caja se abriera y uno de esos estados se fijara.

—Exacto —dijo Stewart. El grupo había llegado a los ascensores, dos monstruos negros que habían visto tiempos mejores. Se acercaron al de la izquierda—. El conejo intermitente. Quizá conozca también la interpretación que hizo Everett del asunto. —Lore negó con la cabeza—. La teoría de los mundos múltiples. Los universos paralelos. Según él, al abrir la caja el universo se escinde, se divide en dos: en uno de ellos el conejo sigue vivo y en otro, el animal ha muerto. —La puerta del ascensor se abrió con una tos bronca. Al profesor no le habría sorprendido encontrar un conejo muerto en el suelo—. Pase, por favor —indicó Stewart, haciéndose a un lado.

—¿Mundos múltiples? —preguntó él mientras entraba en la cabina seguido del resto de agentes, cinco hombres trajeados y ojerosos—. ¿Insinúa que eso está relacionado con lo que está pasando?

Stewart asintió.

—No lo insinúo, lo afirmo.

El agente esperó a que las puertas se cerraran para introducir una llave en el panel de control y activarlo. Con un zumbido neumático el ascensor comenzó a bajar. Lo hacía a trompicones; la falta de mantenimiento era evidente. La mente del profesor Lore había entrado en efervescencia. ¿Universos alternativos? ¿Mundos paralelos? Las teorías que intentaban explicar lo que estaba sucediendo eran de lo más variopintas: desde un experimento chino que se había desmadrado hasta una invasión alienígena. En las últimas horas la teoría de la invasión había ganado adeptos después de que muchos atestiguaran haber visto volar naves extrañas al otro lado de la malla. El profesor lo había achacado a la histeria colectiva. Habían surgido muchas muestras de ella a lo largo de la última jornada: ¿cómo si no se podía explicar que alguien en sus cabales afirmara haber visto a un pterodáctilo atacando a un elefante en Kenia?

—Permítame que le muestre algo —dijo Stewart, consciente del desconcierto del profesor.

El agente sacó lo que parecía ser un billete plastificado de su chaqueta y se lo tendió. Lore, tras un vacilar leve, lo cogió. Era un billete de veinte libras esterlinas. Hacía tiempo que no veía uno. Tenía una esquina un poco quemada, pero por lo demás estaba en perfectas condiciones. En el reverso, en violeta, aparecía el perfil de un hombre peinado que según el billete era Adam Smith. Lore miró la fecha de emisión y la sorpresa lo hizo boquear.

—¿2007? ¿Libras esterlinas en el 2007? ¿Qué es esto? ¿Una broma? Inglaterra adoptó el marco como moneda oficial en los setenta, cuando se unió a la Federación de Comercio.

—Eso hizo nuestra Inglaterra, tiene razón. Dele la vuelta al billete, por favor —le pidió el agente.

A duras penas pudo contener una exclamación de asombro. Allí se veía el rostro de una mujer coronada, de rostro serio, adusto, nada que ver con los rasgos afilados, casi de pájaro famélico, de Jorge VII.

—¿Quién es esta señora?

—Lo ignoramos. Probablemente la reina de una Inglaterra que no se unió nunca a la Federación de Comercio.

—Esto es una locura.

—No lo discuto. Pero es real. ¿Se ha preguntado alguna vez lo distinto que sería el mundo si la historia no se hubiera desarrollado tal y como la conocemos? ¿Qué habría sucedido, por ejemplo, si la Triple Alianza no hubiera ganado la Gran Guerra? ¿O si China no hubiera lanzado la bomba atómica sobre Seúl? ¿O si los dinosaurios no se hubieran extinguido? El mundo, nuestro mundo, sería diferente por completo a como es ahora.

—¿Me está diciendo que existen realidades donde se dan esos supuestos?

—No sabemos si se dan esos en concreto, pero sí puedo asegurarle que hay mundos alternativos a este en que nos encontramos. Y, Dios nos guarde, varias de esas Tierras están colisionando con la nuestra.

—Santo cielo —dijo el profesor Lore. El ascensor, tras un descenso interminable y una sacudida brusca, llegó a su destino—. Santo cielo —repitió mientras las puertas se abrían.

Stewart le quitó el billete de las manos y lo guardó otra vez al tiempo que decía:

—Sígueme, por favor. No tardaremos en llegar.

Las paredes de los niveles inferiores de Thames House eran de piedra deslucida y polvorienta; más que en los sótanos de la sede del MI5 parecían estar en unas catatumbas. Y la sensación iba en aumento a medida que se adentraban por aquel laberinto de pasillos.

—¿De dónde han sacado el billete? —quiso saber Lore.

—Hace dos días comenzaron a aparecer objetos procedentes de otros universos —dijo Stewart—. En un principio fueron cosas pequeñas: rocas, vegetación exótica, pedazos de maquinaria, monedas, insectos... Pero con el paso del tiempo su tamaño va en aumento, como si las grietas entre mundos fueran cada vez mayores. —Al profesor le costaba creer lo que escuchaba—. Este mediodía ha aparecido en Camden Town el tronco superior de un ser humanoide cubierto de vello azul, su cabeza era de anfibio y contaba con branquias. Y hace solo unas horas, una barca hecha de conchas, metal y cráneos humanos ha chocado contra un puente del Támesis.

—Santo cielo —repitió Lore.

El grupo atravesó una arcada que conducía a una sala enorme con aspecto intermedio entre hangar y gruta. Había mesas por doquier, la mayoría ocupadas. El ajetreo allí era tremendo. La gente corría de una mesa a otra, se oían voces, portazos, órdenes dadas a gritos, teléfonos sonando... La sensación de urgencia, de catástrofe en ciernes, cortaba la respiración. Hasta que de pronto escuchó a alguien decir: «el profesor está aquí» y durante unos instantes todo se detuvo. Edward Lore no se había sentido tan observado en la vida. La atención de todos los presentes estaba fija en él; unos lo miraban con extrañeza, otros con suspicacia.

Carraspeó, incómodo. ¿Qué estaba pasando?

El revuelo se reanudó, aunque muchos seguían espiándolo con disimulo. Intentó no prestarles atención y echó un vistazo alrededor. Una pared de la estancia estaba cubierta por entero de monitores. Cada uno mostraba un área distinta de Londres, con sus cielos iluminados por la tormenta fractal.

Aquella visión fragmentada lo impresionó, como si profetizara una ciudad hecha pedazos. Paseó la mirada por los lugares que tan bien conocía: la plaza de Picadilly, de Trafalgar, el palacio de Buckingham, la catedral de San Pablo... Todo parecía distorsionado, irreal. La visión de su propio barrio hizo que sintiera que se le abría un agujero en el pecho. Pensó en Darla, sola en aquel momento, y se giró hacia Stewart.

—Dígame qué quiere de mí, por favor. Porque nada de lo que me ha contado hasta ahora explica por qué me han hecho venir.

El agente guardó silencio un momento, como si meditara sobre la mejor manera de encarar aquella cuestión. Sacudió la cabeza y señaló en dirección a la pared opuesta a la del mosaico londinense. Allí también había monitores, aunque en menor cantidad. Uno de ellos era el foco de atención de un grupo de agentes. Se dirigieron a él.

La cámara mostraba a un hombre pequeño y delgado, sentado a una mesa clara. Estaba vestido con un mono naranja, que hacía resaltar más si cabía su pelo verdense, y tenía marcados rasgos asiáticos, aunque, para su sorpresa, el profesor no pudo identificar su procedencia. Una serie curiosa de tatuajes le rodeaba la frente, a modo de diadema, y llevaba cubierto el antebrazo por un brazal metálico plagado de botones y tallas.

—¿Conoce a este hombre? —preguntó el agente Stewart. Lore negó con la cabeza—. Hace doce horas, Scotland Yard recibió varias llamadas alertando de la presencia de un sujeto sospechoso por la zona de Covent Garden. Alguien vestido con un traje de cosmonauta —dijo—. Procedieron de inmediato a su captura. No opuso resistencia cuando lo encontraron. Se limitó a levantar los brazos y rendirse. Aquí le quitamos el traje y le puedo asegurar que nunca habíamos visto nada igual. Su tecnología no tiene nada que ver con la nuestra. De lo que no conseguimos desprenderlo fue del dispositivo que lleva en el antebrazo. Parece fundido con él.

—¿Qué tiene que ver ese tipo conmigo?

—A ello voy. El sujeto en cuestión se ha identificado como Hang Lee Tuan. Dice proceder de una Tierra alternativa que está intentando contener la crisis actual. —Miró fijamente al profesor—. Y quiere hablar con usted. De hecho, iba en su búsqueda cuando lo detuvieron. Ha sido él quien ha pedido que lo llamáramos. Desconocemos el motivo.

Edward Lore contempló, aturdido, al hombre del pelo verduoso.

—¿A mí? ¿El hombre de otra dimensión, de otro universo, quiere verme a mí?

—Eso es.

El profesor Lore no tuvo tiempo para digerir aquella noticia porque, de pronto, un nuevo estallido llegó de las alturas y superó con creces a sus predecesores. Todos los que se encontraban en la cripta se taparon los oídos al unísono. Varios cayeron al suelo. El profesor se tambaleó, pero Stewart, en un alarde de reflejos, lo cogió del antebrazo y evitó que cayera. El trueno se prolongó durante casi veinte segundos, fue un verdadero rugido.

—¡El parlamento! ¡Mirad el parlamento! —gritó alguien.

Todos se giraron hacia los monitores, entre interjecciones de sorpresa y asombro absoluto. Allí persistía el fractal violáceo, suspendido en lo alto como una telaraña demencial. Todas las ventanas abiertas a Londres parecían sumidas en el caos. La atención de los presentes estaba fija en varios monitores, los que enfocaban hacia el palacio de Westminster, en la orilla norte del Támesis.

Había humo por doquier, grandes columnas negras que se alzaban como dedos fantasmales que buscaran asirse a la rejilla de energía que cubría el cielo. La gran torre del reloj, comúnmente conocida como Big Ben, había desaparecido, así como buena parte del palacio. En el lugar donde antes se alzaba la torre, se elevaba ahora una construcción nueva: un obelisco cromado de unos cien metros de altura, recubierto de jeroglíficos de vivos colores, con la punta dorada. Era de origen egipcio, sin duda.

Edward Lore observó atónito aquel monumento salido de la nada. Quitaba el aliento. Era imposible, era aterrador... Era tan hermoso como delirante. La estructura vibraba como si estuviera mal pegada a la realidad, como si no quisiera estar allí, como...

Otros títulos del autor

Infantil / middle-grade

[Castillo fantasma](#) (Ed. Hydra)

[¡Eres un supervillano!](#) (Ed. Hydra)

[El día del dragón](#) (con Gabriella Campbell, Naufragio de Letras)

[La noche del espectro](#) (con Gabriella Campbell, Naufragio de Letras)

Juvenil

[La cosecha de Samhein](#), El ciclo de la Luna Roja 1 (edición independiente)

[Los hijos de las tinieblas](#), El ciclo de la Luna Roja 2 (edición independiente)

[La sombra de la luna](#), El ciclo de la Luna Roja 3 (edición independiente)

[El fin de los sueños](#) (con Gabriella Campbell, Plataforma Neo)

[La canción secreta del mundo](#) (Ed. Hydra) - Universo Entre Líneas

[La casa de la Colina Negra](#) (Alfaguara) - Universo Entre Líneas

[La deriva](#) (Editorial SM)

Adulto

[Crónicas del fin](#) (con Gabriella Campbell, Alethé).

[Las fuentes perdidas](#) (Alianza) - Universo Entre Líneas

[Las puertas del infinito](#) (con Víctor Conde, Fantasy)

[Lilith, el juicio de la Gorgona y la Sonrisa de Salgari](#)

(edición independiente) - Universo Entre Líneas

[Mala racha](#) (Apache Libros) - Universo del Cambio

Audiolibros

[Amanecer](#) (Sonolibro)

[Fractal](#) (Sonolibro)

[La cosecha de Samhein](#) (Storytel)

[Los hijos de las tinieblas](#) (Storytel)

[La sombra de la luna](#) (Storytel)

[Lilith, el juicio de la Gorgona y La Sonrisa de Salgari](#) (Sonolibro)

[Luna de locos](#) (Sonolibro)

Próximamente

The Harvest of Samhein (Dark Horse, EEUU)

Samhein Aratása (Metrópolis Media, Hungría)